

Apéndice ocho: el nombre de los lugares.

La toponimia

Hablar de toponimia, es hablar de lo más profundo de lo nuestro, pues fueron nuestros ancestros los que poco a poco han ido nombrando los lugares y perpetuaron sus denominaciones. La toponimia no es un juego, no es una diversión, no es un entretenimiento para que los montañeros se diviertan con las interpretaciones populares de los nombres de nuestros lugares. La toponimia es algo muy respetable: el verdadero sentir de la memoria. El verdadero sentir, y sentido, de la montaña y su entorno. Cada nombre que aquellos hombres usaron para nominar un paisaje, significaba algo esencial para ellos, algo relacionado con el propio entorno, con su forma, su color, su esencia, sus pastos, sus aprovechamientos, o sus peligros.

Hoy en día, y gracias a la labor infatigable y profesional de Julio Concepción Suárez, podemos disponer de un *diccionario etimológico de toponimia asturiana* (KRK-2007), que viene a rellenar un hueco histórico, imprescindible para entender el territorio. Porque el topónimo precisa ser comprendido a pie de campo, contemplándolo, paseándolo y observándolo en compañía del paisano que lo ha pateado y vivido toda su vida; y eso lo hace Julio cada día que sale al campo. Gracias Julio por tu labor. Sin tu trabajo estaríamos *huérfanos del saber de nuestros antepasados*, cuando convivían con su entorno, con su paisaje.

Se puede hacer toponimia a partir de la hermenéutica, se pueden rastrear topónimos de escrituras y otros documentos antiguos, y en el laboratorio lingüístico se pueden interpretar y descomponer para encontrarles sentido y significado como palabras. Algunos lo hacen. Esa labor ayuda, no nos cabe dudarle, pero la verdadera toponimización del territorio tiene que ser a pie de campo, a pie del topónimo. Ahí es donde se comprende el significado. Al enfermo hay que verle la cara para hacer un buen diagnóstico. Hay que verle la cara y hay que escuchar de qué se queja y cómo se queja. El frío estudio de sus análisis y constantes vitales no es suficiente.

Jaime Izquierdo nos recuerda en sus conferencias que nosotros somos nuestras montañas, y creo que no hay definición más acertada. ¡Claro que somos nuestras montañas!. Por ese motivo nuestras montañas merecen un respeto casi sagrado, porque ellas son nuestro santoral, y sus nombres los nombres de nuestras divinidades. Que en Aguino El Vildeo, Falgueirúa o Montrondio son lugares sagrados es indubitable. Como lo son en Perlunes Los Muladinos o el monte del Torno. No digamos Carbeineo o Decutsada. Los lugares son para el hombre del campo el asiento de sus hacienda, el pasto de sus ganados, la leña de su hogar, los caminos por los que transita, en definitiva el GPS de su vida y de su alma, como tan bien nos apunta Jaime^[1].

Pero no solo Jaime o Julio han captado eso, también Marcellin Berot, allende el Pirineo, ha remarcado la misma simbiosis del hombre, el medio y el nombre:

"Il y a bien des manières de raconter la vie des hommes du passé. Il y a les livres écrits par de savants auteurs. Il y a les manuels d'histoire... Il y a enfin les choses elles mêmes -el les lieux- qui avec une fidélité étonnante racontent à leur manière l'histoire des hommes... Les noms de lieux... font partie de notre patrimoine sacré au même titre que tout ce que nous ont laissé nos ancêtres".

(Hay muchas maneras de contar la historia de los hombres del pasado. Hay libros escritos por autores eruditos. Hay libros de historia ... Por último, hay cosas mismas -y los lugares- que con fidelidad asombrosa nos cuentan la historia de los hombres a su manera ... Los nombres de lugar son parte de nuestra herencia sagrada, así como todo lo que nos han dejado nuestros antepasados). (2002,17)

Aunque es bien cierto que las raíces verbales que

1 *La toponimia es la materia, la disciplina, que estudia los nombres propios de los lugares, su origen y su evolución en el tiempo; pero sobre todo su significado, pues en muchos casos es el único lazo directo que nos une con nuestros ancestros, el único legado material que tenemos de ellos, allí donde no hay restos arqueológicos ni de otro tipo.*

nuestros antepasados usaron para nombrar los lugares se pueden reducir a unas pocas decenas (Julio: 2007:31), no por ello el viaje al mundo de los nombres deja de ser apasionante, pues para nosotros como para nuestros vecinos, los nombres habían perdido su significado original, quedando en muchos casos solamente la interpretación popular, divertida pero poco acertada normalmente. Por ello es un enorme placer, un gozo sin igual, volver a descubrir qué es lo que querían decir aquellos hombres cuando nombraron Criviechos a la pena que está por encima de Perlunes, o descubrir con auténtico asombro lo que se esconde detrás (o debajo) del Chano Fusmieu. Gracias a Julio, que amablemente nos ha regalado su saber y algunas interpretaciones personales para nuestros nombres, seremos capaces de disfrutar como niños curiosos con lo que vendrá a continuación.

Descubriremos cómo el topónimo hace referencia al terreno (Fontagacho, Cuestas) a la vegetación (Falgueirúa, Artedal, Carbeineo, Orticeda), al uso (Cabada, Ergudos, Fincalculo), a la forma (Reconco, Furao, Penas Xuntas), al color (Probe, Albos, Penalbina) y así un largo etcétera donde participan los cinco sentidos, como así lo señala bien Julio:

“Sería esa otra parte de la historia pastoril que rara vez pasó a los libros, pues se la lleva consigo cada pastor o pastora, cuando cierra por última vez la puerta de su cabaña. Cuando ya no vuelva a su mayada. Seguirán viniendo sus herederos, pero que nunca van sentir la mayada ni las peñas ni las aguas, ni las nieblas, ni las leñas..., como ellos las sintieron siglos, milenios atrás. Sólo sus palabras y sus topónimos quedaron para contar. Hay, pues, una lectura inmemorial del territorio con los cinco sentidos: con todos los sentidos, desarrollados entonces para sobrevivir sin las relativas comodidades y seguridades de hoy en las montañas. Los pobladores de antaño tenían otros hábitos; a juzgar por sus palabras y sus topónimos, se deduce que observan, escuchan, palpan..., diariamente las formas del terreno que les permiten aprovecharlo para la subsistencia diaria: defensa, asentamiento, alimentación, rastreo de animales, peligros..., entre tantos jous y tantas peñas; o en días de nieves o de tormentas.

Y, desde los sentidos, los nativos fueron tallando sen-

timientos en palabras y nombres del suelo; fueron describiendo toda una vida personal y familiar progresivamente más rica con el tiempo; desarrollando una necesidad religiosa en los momentos de riesgo, o ante las dudas del pensamiento y el misterio inexplicable de los fenómenos atmosféricos”.

Vayamos pues, con nuestros topónimos. Nos llena de orgullo y satisfacción haber podido recuperar estos casi setecientos nombres de lugar, en el último estadio antes de su desaparición. Junto con el plano que se acompaña al final, quizás sea nuestra más valiosa aportación a las generaciones futuras, pues de los nombres del paisaje puede leerse muchas veces la historia. Y esta historia no la puede tapar el matorral, ni la pueden destruir aunque alejen al hombre, al campesino, de su solar. Quedará aquí para siempre; como la prueba del robo, que el ladrón no supo ocultar. Quedará como *testigo de cargo* de nuestros antepasados para decirle al futuro que aquí estuvieron ellos, sus ganados y sus construcciones. Las Muruecas del Monte, allá por medio del Monte de Los Rozos, siempre nos indicarán que allí hubo corros, hubo majada y hubo ganado, y mientras el nombre permanece, junto a La Braña del Monte y Las Campas de Fasgal, sabremos que en este monte habitó el hombre durante un tiempo, y lo hizo con sus ganados y con sus aprovechamientos. Nosotros particularmente, pensamos que más antiguamente existían cerdos en similibertad y cuidados por vecera por todos los vecinos, y se alimentarían por montes, con fayucos y bellotas, incluso los *tapaculos* (fruto del espino garbancero que también se recogía para cebarlos). En otras zonas de Asturias así ocurría y los topónimos como Porciles en Perlunes, o esas muruecas junto a Las Ferichosas en Aguino, en pleno monte, nos parecen estar indicando claramente esa costumbre de engordar los cerdos en el monte. Tampoco sabemos por qué motivo se dejó de practicar. Hoy esos montes que cebaban a los cerdos para la matanza, ceban a los jabalíes y otros animales que el campesino ya no puede aprovechar en beneficio propio, y como producto de sus montes.

1.-Topónimos de Aguino por zonas.

Presentaremos la toponimia de nuestros valles dividida por zonas lógicas para nosotros, para su mejor agrupamiento y comprensión, ya que este no es un trabajo erudito sino apegado al terreno, y para nues-